

A LA MITAD DEL CAMINO

LETRAS, 35 AÑOS

Mónica Muñoz Muñoz
Alejandro García
José Antonio Sandoval Jasso
(editores)



Universidad Autónoma de Zacatecas
TABERNA LIBRARIA EDITORES

Primera edición 2022

A LA MITAD DEL CAMINO
LETRAS, 35 AÑOS

DR © Mónica Muñoz Muñoz
DR © Alejandro García
DR © José Antonio Sandoval Jasso
DR © Universidad Autónoma de Zacatecas
Jardín Juárez 147, Centro Histórico,
98000 Zacatecas, Zacatecas.
DR © Taberna Librería Editores
Calle Fernando Villalpando 206
98000 Zacatecas, Zacatecas
tabernalibrariaeditores@gmail.com

Edición y diseño: Juan José Macías
Corrección de estilo: Alondra Rosales Gómez
Imagen de portada: Juan José Macías, *Camino andado*,
camino desandado, óleo/tela, 100x100, 2022
DR © GODIVA GALERÍA ARTE ABSTRACTO

UAZ ISBN: 978-607-555-129-6
TLE ISBN: 978-607-8731-69-5

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Impreso y hecho en México

A la mitad del camino *Letras, 35 años*

MÓNICA MUÑOZ MUÑOZ
ALEJANDRO GARCÍA
JOSÉ ANTONIO SANDOVAL JASSO
EDITORES



MMXXII



SOMOS
ARTE, CIENCIA Y
DESARROLLO
CULTURAL





PRÓLOGO	13
MÓNICA MUÑOZ MUÑOZ ALEJANDRO GARCÍA JOSÉ ANTONIO SANDOVAL JASSO	
IR HACIA LAS LETRAS	19
ALBERTO ORTIZ	
HUMANIDADES, HUMANISMO, LETRAS	27
JESÚS MA. NAVARRO	
«AQUÍ ESTUVE». FACULTAD DE HUMANIDADES	35
ESTELA GALVÁN CABRAL	
LA LECTURA COMO PLACER Y LA LITERATURA COMO VOCACIÓN: MI PASO POR LA UNIDAD ACADÉMICA DE LETRAS A TREINTA Y CINCO AÑOS DE SU FUNDACIÓN	41
CYNTHIA GARCÍA BAÑUELOS	
EL MANUSCRITO, LA MEMORIA Y LA ESCUELA. HISTORIA DE UNA HISTORIA QUE PUEDE EXISTIR	49
EDGAR A. G. ENCINA	
YO QUERÍA SER PSICÓLOGO...	57
SEBASTIÁN PRECIADO RODRÍGUEZ	
JEREZ DE MIS AMORES	73
CLAUDIA LILIANA GONZÁLEZ NÚÑEZ	
LETRAS JEREZ, MUERTE O DOLOROSA METAMORFOSIS	79
IMELDA DÍAZ MÉNDEZ	

la disciplina de la pasión necesaria para escribir y no dejar de hacerlo (aquí, le fallé, no fui buena alumna); como director, me enseñó la templanza y la objetividad que se necesita para entender al otro; su empatía me acompañó durante esos cuatro años en la administración. Lo admiro por la persistencia en apoyar e impulsar a los escritores jóvenes, por su compromiso con la literatura, por el ser humano que es.

Termino el recorrido. Mi versión de los hechos como alumna, docente de esta escuela que se inscribe como la principal maestra de mis aberraciones, manías y partes luminosas de mi personalidad. Resumo una parte de lo contado con la primera parte del poema de Constantino Cavafis, «La ciudad»:

Dices: «Iré a otra tierra, hacia otro mar,
y una ciudad mejor con certeza hallaré.
Pues cada esfuerzo mío está aquí condenado,
y muere mi corazón
lo mismo que mis pensamientos en esta desolada languidez.
Donde vuelvo los ojos solo veo
las oscuras ruinas de mi vida
y los muchos años que aquí pasé o destruí».

La Facultad de Humanidades transmutó en lo que ahora consideramos el Área de Humanidades. No es el espacio por sí mismo el que incide en las transformaciones, es la suma de acciones, sinergias las que generan el cambio tanto personal como institucional.

LA LECTURA COMO PLACER Y LA LITERATURA COMO VOCACIÓN: MI PASO POR LA UNIDAD ACADÉMICA DE LETRAS A TREINTA Y CINCO AÑOS DE SU FUNDACIÓN



CYNTHIA GARCÍA BAÑUELOS

Los lectores antiguos no tenían la libertad de la que tú disfrutas para leer a tu gusto las ideas o las fantasías escritas en los textos, para pararte a pensar o a soñar despierto cuando quieras, para elegir y ocultar lo que eliges, para interrumpir o abandonar, para crear tus propios universos. Esta libertad individual, la tuya, es una conquista del pensamiento independiente frente al pensamiento tutelado, y se ha logrado paso a paso a lo largo del tiempo.

Irene Vallejo, *El infinito en un junco*

Los libros y la lectura son parte de mi vida desde que tengo memoria. En mis recuerdos más lejanos y ligados a la infancia, la imagen de mi padre leyendo todos los periódicos locales y algunos nacionales diariamente, y por las noches toda novela o crónica de su interés, son un recuerdo fijo en mi memoria, así como la modulada voz de mi madre recitando versos de Neruda y Rubén Darío, o bien leyendo para mí y mi hermano. Esas noches de lectura en voz alta fueron mi primer encuentro con la literatura, «El patito feo», «Pedro y el lobo», «El traje nuevo del emperador» y «El sastrecillo valiente» una y otra vez hasta aprenderlos de memoria a los cinco años; después, la *Iliada* y la *Odisea*, *El lazarrillo de Tormes*, *La metamorfosis*, *El Quijote*, *Los tres mosqueteros* y *El conde de*

Montecristo; esperaba la noche con una ansiedad que se tornaba en calma en cuanto empezaba a escuchar la secuencia de la lectura que una noche previa me dejó en suspenso.

Y así, como maternal Sherezada mi madre me fue iniciando en el placer de la lectura y acercando a la literatura. Mi inicio en la primaria fue una carrera personal por aprender a leer y a los cuatro meses de haber ingresado al primer grado, recibí en la Navidad mi primera colección de clásicos de la literatura: mitos griegos, fábulas, cuentos de hadas y clásicos en versión infantil; ese fue el inicio de mi vida como lectora al cual hoy de forma placentera no le veo el final.

En el paso del tiempo, al revisar el pasado me doy cuenta de que mi más fiel compañero y leal amistad siempre ha sido un libro, tal vez de forma muy temprana me encontré con Victor Hugo, Gabriel García Márquez, Alejandro Dumas, Edgar Allan Poe o Juan Rulfo; la verdad es que *El Principito*, *Platero y yo* y *El diario de Ana Frank* muy pronto fueron insuficientes para mis ansias de temprana lectora y mi imaginación inagotable.

Elegir una profesión no fue realmente complicado para mí, si bien en mi adolescencia y mis primeros años como bachiller consideré Derecho, la Economía, Comunicación y hasta Administración de empresas, al terminar la preparatoria tenía muy claro cuál era mi vocación, mi decisión fue muy fácil una vez que reflexioné, que dedicaría el resto de mi vida a aquello que eligiera como mi formación profesional, y opté por la única actividad que realmente me gustaba hacer todos los días y todo el día: leer.

El acercamiento con la entonces Facultad de Humanidades fue algo casi natural, en las aulas de la preparatoria me encontré con maestros jóvenes y apasionados que en esos momentos eran estudiantes a punto de egresar de la misma: Elsa Grajales Nishimura, Marco Antonio Torres Inguanzo, Juan Antonio Caldera y Manuel González Ramírez, todos ellos humanistas en formación en alguna de las ramas que conformaban

el primer programa académico de esa entonces joven facultad, Historia, Filosofía y Letras. Entonces, aquellos jóvenes estudiantes citaban con entusiasmo libros, autores, teorías y las enseñanzas de quienes más tarde también serían mis maestros.

En el verano de 1993 llegué por primera vez a la Facultad de Humanidades, encontré algunas caras conocidas entre quienes serían mis compañeros de generación y otras se convirtieron en parte de mi cotidianidad por cinco años. El grupo era realmente nutrido y diverso, los maestros comentaban sorprendidos y entusiasmados que hasta el momento era el grupo más grande que se había inscrito.

El primer año, mientras cursaba lo que antes era el tronco común, coqueteaba con la Filosofía y la Historia, en algún momento sí llegué a considerar la última como una opción, sin embargo, hasta la fecha en la literatura siempre he encontrado la posibilidad de ejercer las tres disciplinas sin la necesidad de renunciar a ninguna, así que, sin dudarlo decidí dejarme seducir por los *Idus de marzo* y navegar por *El mar de los feacios*.

La llegada a la Facultad de Humanidades el primer año era realmente sorprendente, no había un solo día en que no abandonara la escuela con una gran pregunta o la respuesta clara a muchos de los cuestionamientos que en algún momento de mi muy temprana formación me hubiera planteado. En el transcurso del tiempo descubrí que en cada clase que yo disfrutaba como si fuera una interesante plática, se abrían ante mí nuevas e inimaginables visiones y expresiones del mundo que estaba obligada a Reflexionar. En este viaje por la dialéctica me encontré no con uno sino con cinco guías que cual Virgilio me llevaron de la mano y terminaron de convencerme de que estaba en el lugar correcto.

Siempre he dicho con agradecimiento y reconocimiento que en esta Facultad tuve el privilegio de tener como maestros a los mejores humanistas (no porque los de ahora no lo seamos, y me incluyo humildemente como docente que soy ahora de la misma escuela) sino porque quienes

entonces fueron mis maestros —algunos ya ausentes o jubilados— tomaron el riesgo de formar una escuela en un escenario tal vez más hostil que el de ahora, un universo académico en el que históricamente solo había lugar para las carreras de ciencias de la salud, ciencias exactas y prácticas; este proyecto en sus primeros años fue realmente una apuesta arriesgada que requirió de pasión, entusiasmo y, desde luego, un importante compromiso con la sociedad de la que ellos mismos eran parte y en la cual veían con notable preocupación la necesidad de humanistas que dieran forma y unidad a la dispersa discusión en torno a la realidad social que entonces ya estaba desbordada.

Veremundo Carrillo, Lauro Arteaga, Jesús María Navarro, Marcelo Sada y Edgar Hurtado fueron los maestros que en el primer año dieron la bienvenida a esa generación que, si bien a lo largo de cinco años tuvo algunas bajas, fue hasta el final la generación de más egresados de la Facultad de Humanidades en sus tres áreas de especialidad, hasta ese momento. Carrillo, Arteaga y Navarro ya eran viejos lobos de mar en el escenario cultural y humanístico de Zacatecas y en la vida universitaria; Sada y Hurtado eran jóvenes investigadores que recientemente habían egresado del posgrado en instituciones con programas de calidad como El Colegio de Michoacán y que se iniciaban en el contexto de la Universidad de Zacatecas.

Para el segundo año, ya cursando la especialidad de Letras hispánicas, mi experiencia fue cada vez más grata, apasionante y provocativa. Mi encuentro con el legendario maestro Benjamín Morquecho fue asombroso, más de lo que ya nos habían predicho los alumnos de avanzada, quienes oportunamente nos habían puesto sobre aviso: «sus clases son cápsulas culturales, pero tomen nota de todo y no pierdan la oportunidad de preguntar nada, si tiene ganas y humor las clases pueden ser maratónicas, manténganse atentos porque hasta sus pausas son esclarecedoras y reveladoras». Entre galanteo, sarcasmo, ironía y vino tinto, hasta el

último de sus días las clases de Morquecho, las tertulias improvisadas y las reuniones que orquestaba en su casa siempre fueron verdaderas cátedras en torno a la literatura y el lenguaje. Muchas veces llegué a pensar que cuando fijaba su penetrante mirada en su interlocutor, no estaba mirándolo, en realidad en su cabeza se empezaba a proyectar una serie de algoritmos y símbolos con los que resolvía todas las complejas hipótesis que por mero deporte nos planteaba en el diario encuentro en el aula, el pasillo o cualquier lugar en el que quisiera reposar y compartir su saber. Hoy Morquecho sigue siendo el maestro legendario que muchos de los que fuimos sus discípulos siguen citando y trayendo a cuenta en nuestras clases, y es también sin lugar a dudas la piedra angular sobre la que, en años posteriores, la Unidad Académica de Letras acabó tomando forma como un programa independiente.

Y así durante cinco años, cada semestre encontraba nuevas caras y voces que me guiaron y formaron en la lectura desde nuevas y complejas perspectivas, sumando las teorías, la crítica y la historia de la literatura y la fascinante estructura del lenguaje. Hoy en la Unidad Académica de Letras, lo sé como docente, se aprecia la necesaria evolución de la facultad primigenia, y luego de treinta y cinco años se muestra como una escuela de calidad, sólida y cada día con mayor número de alumnos, que se extiende en nuevos programas como la Licenciatura en Letras Semipresencial y la Maestría en Competencia Lingüística y Literaria. Me sorprende con agradecida nostalgia citando a Veremundo Carrillo o a Navarro en mi clase de Literatura Europea I o descubriendo el universo artúrico (a alumnos entusiasmados que acaban de conocer a Sir Gawain artúrico con el mismo entusiasmo con el que un día escuché por primera vez al maestro Alejandro García, que tal vez sin saber me acababa de abrir la puerta a lo que sería mi más aguerrida pasión literaria, el medioevo.

Y rememoro a una dulce y cálida Estela Galván desentrañando *La ta-*

bla de flandes mientras nos guiaba por el círculo de Praga, *Lector in fabula* y la narratología de la focalización. En mi programa de Literatura Hispanoamericana siempre aparece por algún lado una muy joven y entusiasta Leticia García, veracruzana, recién egresada de Las Cruces, Nuevo México, que nos llevó a explorar la Literatura Latinoamericana y Mexicana para descubrir nuevas voces, discursos y perspectivas que cambiarían para siempre nuestra forma de leer la realidad de nuestra contemporaneidad. Con ella terminé por definir lo que en el futuro y hasta la fecha sería mi mayor ocupación como lectora, docente e investigadora: la literatura femenina, sus perspectivas, matices y diferentes expresiones que cada día se van multiplicando y enriqueciendo.

En mis ya veinte años como parte de esta escuela desde el ámbito de la docencia, cada semestre evoco a todos esos maestros que en mucho y gran medida me formaron, y me descubro como un catalizador de sus saberes, investigaciones y textos. La lectura de «La íntima sobrevivencia» en mi clase de Literatura Europea IV me implica recordar siempre a Marco Flores Zavala y su disertación sobre la literatura de entreguerras, mi curso de Literatura Comparada siempre inicia con el breve esbozo de Elizabeth Kleen de Hinojosa (que por cierto sigo teniendo en fotocopias, ya muy gastadas porque nunca he podido encontrar el original) con el que la maestra Isabel Terán nos introdujo en la misma asignatura, y en lo particular me estaba conduciendo en lo que en el futuro sería mi área teórica de investigación. De igual forma, cito reiteradamente a Mariana Terán y su *Hermenéutica*; y recuerdo la enérgica voz de la maestra Matilde Hernández, quien con claridad asombrosa nos desentrañó en el pizarrón la complicada estructura del lenguaje y *El curso de lingüística general* de Saussure; traigo a mi memoria *Las cartas de la monja portuguesa* de Anna D'Amore, texto que nos acabaría reuniendo treinta años después para seguir discutiendo sobre monjas, escritura y discursos femeninos para escribir una tesis doctoral.

En el transcurso de los años, mi paso por esta facultad, primero como alumna, hoy como docente, mi infantil pasión por la lectura ha madurado. Hoy con certeza abrazo la vocación que en sus aulas encontré: soy maestra de Literatura, todos los días hablé, cuestiono, reflexiono y explico el mundo desde la Literatura. Leer sigue siendo mi mayor placer y es también la forma más honorable que pude haber encontrado para vivir.

De mis todavía pocos años de experiencia como maestra he aprendido que el entusiasmo y la pasión de los estudiantes y recién egresados de la Facultad de Humanidades, hoy Unidad Académica de Letras, son la mejor y más efectiva recomendación para seguir invitando jóvenes preparatorianos a decidirse por una carrera que hoy es más necesaria que nunca, pues en sus aulas se promueve la lectura con pasión para conducirla a la reflexión crítica, un ejercicio obligado para el intelecto y un compromiso con una sociedad cada vez más vejada y abusada y que hoy por hoy exige justicia e igualdad.

Zacatecas, Zacatecas. Verano de 2022